

LINDAURA ANZOATEGUI DE CAMPERO

# ¡CUIDADO CON LOS CELOS!

POR

*El Novel*

Potosí — 1893

© Rolando Diez de Medina, 2003  
La Paz – Bolivia

## INDICE

En que da principio nuestra historia

Señora y criada.

Marcelo

Celos

Cambio de decoracion.

Jorge y Luis.

En que se ve que solo se ven tiniebla

Continuacion.

Ansiedades.

Revelacion.

Se hace la luz.

Calma y borrasca.

Epílogo

## I.

### En que da principio nuestra historia

La casa de hacienda de D. Jorge Rubias, situada en uno de los puntos más feraces de la espléndida frontera del Departamento de Chuquisaca, se ofrece triste, casi lúgubre á nuestra vista, como todo lo que lleva el sello de la soledad y del abandono.

La puerta principal se abre rara vez para dar paso á los pocos servidores que conserva Jorge, y que, aun más rara vez van á la próxima aldea, distante dos leguas de la casa, despertando con su presencia la ávida curiosidad de sus desocupados vecinos, ansiosos de conocer el género de vida adoptado por Rubias y su jóven hija.

Preciso es decir que Jorge, desde su llegada, se habia mostrado de una frialdad glacial ante los que se apresuraron á hacerle la visita de buena vecindad; de suerte que, intimidados y confusos, se retiraban sosteniendo entre ellos, con más ó menos variantes, el siguiente diálogo:

—¡Jesús!, compadre, ¡vaya la cara de pocos amigos que nos ha puesto D. Rubias!

—¡Calle U, hombre! ¡si casi me caigo de vergüenza!

—¡No mostrarnos siquiera á la niña!, observó uno de los jóvenes que formaba el cortejo.

—¡Vean no mas al picaron!

Apuesto á que viniste sólo por conocerla.

—Por eso fue, y porque UU. nos decian á los mozos del pueblo que el tal D. Rubias era un hombre campechano.

—Así lo conocimos, hijo; verdad es que de esa época pasan algunos años y que entónces trajo á su mujer, que era un bocado de ángeles.

—Y ¿por qué no la ha traído ahora? ¿Será ya viudo?

—¿Quién puede saberlo? Yo tenia buenas ganas de preguntarle por ella, pero, con la seriedad con que se nos plantó delante, no me atreví á decir, esta boca es mia.

—¡Lástima de no haber visto á su hija!, insistió el jóven. Se dice que ha estado años y años viajando con su padre, y que conoce hasta Paris de Francia.

—¡Tanto! Y ¿qué tenemos con éso?

—Pues ¡vaya!; ¿acaso se ve cada día una mujer educada en la Uropa?

—¡Calla, hombre! En mis idas á Sucre, yo he trompezado con muchas que han ido á la Ingalaterra y hasta á Londres, y eran tan lomismísimo.

—Puede que así sea, contestó el jóven con aire incrédulo, pues para nuestros sencillos habitantes de la frontera, una mujer que haya estado fuera de Bolivia y sobre todo en Paris, adquiere perfecciones ideales.

—Maldito lo que á mi se me da ni por el padre ni por la hija, interrumpió un tercero; con no volver á su casa á recibir desaires, estamos del otro lado.

—No será el hijo de mi padre quién eche de ménos á ese ageno.[Forastero. Haremos gracia á los lectores del pintoresco estilo de nuestros fronterizos.]

—Ni yo.

—Ni yo tampoco.

—Quédense D. Rubias con sus humos, que para nada nos hace falta en el pueblo; y él en su casa y Dios en la de todos.

Pues, lector mio, faltaríamos á nuestro carácter de historiador verídico, si no te confesásemos, muy confidencialmente, que, a pesar de tan cuerda determinacion, pero guardando profunda reserva unos de otros, no dejaban de acribillar á preguntas al anciano indio José, antiguo y leal servidor de Jorge, en las pocas ocasiones que éste parecia por el pueblo. El discreto criado, escuchaba con la paciencia de Job, aunque en silencio, los repetidos interrogatorios, acabando por contestar, con inalterable mansedumbre, que el patron y la niña gozaban de salud, y que la Señora estaba en Sucre, perfectamente buena.

Advertimos, ademas, que en la parte juvenil de los vecinos, la curiosidad llegó á su paroxismo; y que durante muchas noches, las tinieblas fueron discreto testigo de escalamientos en las altas pero ruinosas paredes del huerto de la casa de Jorge, donde la luz del alba sorprendia á horcajadas, ancianos y magullados á los mozos del pueblo, con la frustrada esperanza de apercebir aunque no fuese mas que la sombra que proyectase el cuerpo de la hija de Rubias, en alguna puerta ó ventana de la casa.

Verdad es que el cambio notado en el carácter y el modo de ser de Jorge, disculpaba los comentarios á que los desocupados vecinos se entregaban.

Hacia 18 dias que Rubias habia visitado su magnífica propiedad, en union de su jóven y encantadora esposa, Dolores del Valle, ricos ámbos de amor y de esperanza, ébrios de felicidad; queriendo gozar de su brillante luna de miel allí, donde las exigencias sociales, no pudieron turbarlas con sus banales cumplimientos.

Y ella bella y enamorada pareja, se entregaba sin reserva á la pasion que la embargaba, bajo la lujosa vejetacion que los cubría, acariciados por la húmeda y perfumada brisa de los bosques y por el canto de las aves, arrullados por el murmullo del manso y caudaloso rio que, distante media legua de la casa, desataba en suaves ondulaciones su caudal sereno y profundo, no siendo raro que llegasen hasta sus esmaltadas orillas, sin darse cuenta del tiempo ni de la distancia.

Fue, pues, entónces que los tímidos vecinos del pueblo, se aventaron á cumplir con una de las pocas reglas de urbanidad que recuerda el hombre de campo, de aquellas sus duras épocas de escuela, yendo á ponerse á las órdenes de los jóvenes esposos. La afectuosa y natural cordialidad de Jorge y la belleza y sencillez de Lola, cautivaron á aquellas buenas gentes, deslumbradas, ademas, por el lujo y la elegancia con que el amante esposo, habia reconstruido y amoblado su casa, para que sirviese de abrigado nido á sus amores.

Obligado en breve á ocupar su puesto en la distinguida sociedad de Sucre, abandonaron aquella tranquila y deliciosa morada, desapareciendo, como un brillante meteoro, de la vista de sus sincero y sencillos adoradores.

Y algunos años más tarde, éstos vieron con sorpresa la ruina lenta pero progresiva de la casa de Rubias, de aquel único modelo de gusto y de elegancia, ruina que se extendia al esmerado huerto y á los lindos jardines que formaban, en mejores tiempos, el encanto de la bella y encantadora Lola. Interrogado José por su incomprensible descuido, el fiel servidor sacudía tristemente la cabeza y contestaba:

—¿Qué puedo hacer yo para remediar lo que sucede si así lo quiere el patron?

Sentadas estas explicaciones, tomamos nuestra relacion en la época en que, calmados ya los ánimos y agotadas las conjeturas á que dio lugar el nuevo método de vida adoptado por Rubias y su hija, cada vecino del pueblo consagró sus afanes á sus negocios ó sus placeres, ocupándose de vez en cuando, y eso incidentalmente, de lo que pudiera suceder en la casa de Jorge.

Pero nosotros, lector querido, haciendo uso de nuestro no contradicho derecho, vamos á introducirte sin ceremonia, allí donde no alcanza á llegar ni con el pensamiento, el más audaz de los vecinos de Rubias: á la casta y perfumada habitacion de Rafaela.

## II.

### Señora y criada.

Nada más delicioso que aquel confortable cuarto, en medio de la ruina en que yacia el resto de la casa. Aterciopelada alfombra cubría el pavimento; las paredes lucian un papel color rosa y oro, igual al adamasado forro de dos mullidos y cómodos sillones, y al de las elegantes cortinas del lecho de la jóven. Una ligera y elegante mesa escritorio, con su pequeño estante lleno de libros; al centro una mesita redonda rodeada de cuatro sillas enconchadas y con asiento de fina paja; un costoso ropero cuyas puertas las forman dos grandes espejos; un lindo velador de palo de sándalo á la cabecera de la cama, con un libro abierto y una espléndida aunque marchita rosa sobre sus páginas; y al lado del libro, una palmatoria de bruñida plata, con una bugía consumida, revelando la vigilia de la jóven, componen el conjunto de un amoblado tan cómodo como rico y elegante.

Del centro del cielo raso de la habitacion, cuelga una primorosa araña de cristal que, á su vez, sostiene un lindo canastillo, lleno de raras y fragantes flores.

Una pequeña puerta, medio velada por el amplio ropaje del lecho, conduce sin duda al cuarto de toaleta de Rafaela, á cuyo dintel, detenemos discretamente nuestros pasos.

Dos rasgadas ventanas sobre el huerto, dejan ancho espacio para el aire y la luz; pero, en el momento en que penetramos á la habitacion, están caidas las blancas cortinas bordadas con primorosas flores color oro y rosa; y los finos transparentes de paja ostentando caprichosos dibujos chinos, ayudan á interceptar los rayos del sol, conservando esa media luz tan grata á las imaginaciones soñadoras y melancólicas.

Hace rato que Rafaela, en lijero y elegante traje de mañana, permanece inmóvil, medio recostada en uno de los mullidos sillones de su habitación, con la cabeza reclinada en el respaldo, velado el rostro por su sedosa y ondeada cabellera rubia, los rojos labios de su linda boca, contraídos por una dolorosa preocupacion, y la mirada de sus grandes y azules ojos, fija en el cielo que, como entre celajes de oro y rosa, dejan entrever las cortinas que cubren las ventanas. Un ligero y discreto golpe, la hizo volver la cabeza hácia la puerta.

—Entra, Marta, dijo Rafaela, incorporándose con señales de cansancio.

Inmediatamente se presentó una jóven india, de fisonomía animada é inteligente, de esvelto talle, negros y hermosos ojos; vestida con el pintoresco traje de nuestras mujeres del pueblo, llevando recogida en dos gruesas trenzas su espléndida y lustrosa cabellera color de évano. Su primera mirada se dirigió á los espejos que reflejaban confusamente, en la media luz que reinaba en la habitacion, su gallarda imájen.

—Buenas dias, Señorita, dijo la recién venida. Dispense U. si me ha atrevido á interrumpir; pero, como era tarde y U. no me llamaba...

—He pasado otra mala noche, Marta.

—¿Siempre por el temor á los ladrones?

—¿Qué quieres, hija mia? Verme sóla en casa... Sola nó, pues tú y la familia me acompañan... Pero, te confieso que desde la ausencia de papá, me preocupa la ninguna seguridad que tienen esas ventanas.

—Sin embargo, Señorita, nadie hasta ahora, en los muchos años que hace que José vive en esta casa, se ha atrevido á intentar un robo. Nuestra gente es audaz para robar ganado, eso sí, pero para empujar solamente una puerta, no hay miedo de que lo intente.

—Sólo sé, Marta; y me río, al amanecer, de mis miedos de la noche.

—¿Por qué no se traslada U. a las habitaciones del patron?

—¡Oh! no: no me atrevería á hacerlo sin su permiso...

—Tampoco quiere U. aceptarme para que la acompañe.

—Temo que, cuando lo sepa papá, se burle de lo que él llamaría ridiculeces mias... Basta de este asunto que, realmente, no pasa de ser una tontería... ¿Cuándo crees que papá esté de regreso? Se me hace eterna su ausencia.

—Dice José que no tardará ya en volver. U. sabe que fue á recontar el ganado y á recorrer la hacienda, y como es tan grande... ¿Quiere U. que suspenda las cortinas y los transparentes?

—Si, si, hija mia. ¡Cuánto bien me hace el calor y la luz de esta alegre mañana!

—Estoy segura de que hoy querrá U. tomar algo antes del almuerzo.

—No tengo el menor apetito.

—Pero, Señorita, sin dormir y sin comer, y tan triste como la noto á U!...exclamó Marta, con la libertad á que la habia acostumbrado la bondadosa condescendencia de Rafaela; temo que el patron no pueda reconocerla á su regreso.

La jóven sonrió tristemente y guardó silencio.

—¡Cuántas envidiarían sin embargo la suerte de U.! prosiguió Marta, alentada por la sonrisa de Rafaela; rodeada como está de comodidades, con tantos medios para distraerse!...

—¿Dónde ves tú esos medios?, preguntó la jóven con interes.

—Dios mio, Señorita, ¿y esos hermosos libros que llenan el estante?...

—Los he leído casi todos, dijo Rafaela con aire de profundo disgusto, y te aseguro que por nada del mundo, repetería su lectura.

—Tiene U. un piano lindísimo...

—Calla, Marta, ¿no te he dicho ya que no volveré abrirlo porque las piezas que toco me recuerdan á?... En fin: la música aumenta mi tristeza.

—Pero, U. pinta tambien, y pudiera hacer mejores cuadros que estos que U. tiene aquí y que no quiere descubrirlos.

Un vivo rubor cubrió las pálidas mejillas de Rafaela.

—No, no los descubriré nunca, murmuró casi á media voz. Papá se empeña en probar su mérito... lo tendrá, sin duda para personas entendidas... Oh!, si no temiese incurrir en su enojo, hace tiempo que hubiese arrancado de ahí tales cuadros.

Marta notó la viva agitacion de la jóven y quedó silenciosa y confusa. Despues de una breve pausa, exclamó Rafaela con acento profundamente sentido.

—¡Qué feliz eres tú, hija mia!

—¿Yo?, dijo Marta sorprendida.

—¿Nó te vez rodeada de las personas á quiénes quieres? ¿Nó eres libre, completamente libre para demostrarles tu cariño? ¡Cuántas veces me has pintado con palabras de fuego el amor que sientes por tu prometido y los goces que una sóla de sus miradas te ocasiona! Y todos estos sentimientos legítimos y naturales, los puedes tú revelar á la faz de todo... Oh! sí: eres feliz, eres muy dichosa, Marta.

Los negros ojos de la jóven india, lanzaron un relámpago de despecho, y sus labios se contrajeron con violencia; pero, dominándose en el acto, repuso con pausada entonacion.

—Todo está compensado en la vida, Señorita; para la pobre india, el tesoro de su corazon, para U. los infinitos goces de la fortuna. ¡Dicen que en la riqueza está la verdadera felicidad!

Rafaela sonrió nuevamente con su triste sonrisa, y sin contestar á Marta, miró la esfera de un pre precioso reló que tenía sobre su mesa.

—¿Quiere U. que la peine, Señorita?, preguntó la jóven, notando la direccion de la mirada de su Señora. Creo que no tardarán en anunciar el almuerzo.

—¿Peinarme? Y ¿para qué? Me alisaré el pelo y basta.

—Me da el corazon que hoy tendrá U. gente.

—¡Bah! ¡Algunos del pueblo!

—¡Oh!: yo sé el caso que haría U. de ellos. Hablo de un vecino de UU., muy amigo del patron, pues le he oido varias veces hacer en presencia de U., muchos y merecidos elogios de él.

—No sé de quién quieres hablarme, Marta.

—José decia ayer que ya estaba de regreso á la propiedad que tiene vecina á ésta de UU., y que, siendo tan relacionado con el patron, no tardaria en visitarlos.

Rafaela exclamó con impaciencia.

—Escucha Marta: te aseguro que no tengo humor para adivinar charadas.

—Perdone U., Señorita; pero creí que por las señas que le doy, hubiese U. caido en cuenta de que no podia referirme sino á D. Luis.

—¡Ah! murmuró la jóven, sintiendo enrojecerse sus mejillas.

—Pensaba que esta noticia sería agradable para U.

—Sin duda, Marta. D. Luis, cuyos padres fueron muy amigos de los de mi mamá, es pocos años menor que ella, y se trataban como hermanos. Yo aprendí á llamarlo tío, allá, en mejores tiempos... Tendria, pues, mucho placer en verlo... ¿Quieres abrir esas ventanas para que se aeree el cuarto mientras vamos al comedor?

Poco despues, las dos jóvenes se alejaban; y, rápido como una flecha, se lanzaba del huerto á la habitacion un indio jóven, de aventajada y airosa estatura, cuya mirada ardiente é inquieta, recorrió ansioso todo lo que rodeaba, y al descubrir la marchita rosa, que yacia sobre el olvidado libro, la llevó á sus labios, murmurando con apasionado acento, mientras se alejaba:

—¡Ella la tenia ayer en sus cabellos!

### III.

#### Marcelo

El calor de aquel medio dia, era abrumador. Los rayos de un sol sin nubes, caían perpendiculares sobre la tierra, marchitando la lozania de la vegetacion, las aves ocultas entre el tupido follaje de los árboles, guardaban profundo silencio, esperando la fresca brisa de la tarde, para lanzar al espacio sus variados trinos.

En uno de los extremos del huerto de la casa de Jorge, existia un bosque de naranjos, cuya espesa y siempre fresca sombra, gozaba de la preferencia de sus dueños. Allí era el ambiente perfumado por los azares, y el suelo tapizado por sus blancas hojas, convidaba al descanso del cuerpo y á los ensueños del alma.

A la hora á que nos referimos, se encontraba en tan poético sitio el jóven indio que, tan rápidamente presentamos en el capítulo anterior. Apoyada la espalda en el robusto tronco de un naranjo, tiene un libro abierto sobre sus rodillas; pero su mirada fija en las ventanas de la habitacion de Rafaela, dijérase que se empeñan en descubrir lo que ocultan las blancas cortinas que las velan.

Un ligerísimo rumor de pasos, lo volvió al mundo de la realidad: inclinó la cabeza sobre el libro y permaneció como abstraído en su lectura. Marta, que con sus leves y cautas pisadas habia ocasionado aquella alarma, se aproximó sobre la unta de los piés hasta colocarse á espaldas del ensimismado lector, que no dio indicios de haber notado su presencia.

—¡Marcelo!, exclamó al fin la jóven, golpeando con ira el suelo.

¿Sabes que esa mania de instruirte, que has imitado de los blancos, acabará por desesperarme?

—¡Cómo! ¿tú, querida mia?; contestó el interpelado, alzando lentamente la cabeza.

—¡Ah!, no era de ese modo como acojias antes me presencia, repuso amargamente la jóven. Sin necesidad de oír mi voz, adivinabas que era yo la que me aproximaba. Pero ese maldito empeño de saber lo que saben los blancos, te he enfriado el corazon [El idioma empleado por los indios es la quíchua, cuyas vivas y poéticas imágenes son inimitables]

—Eres injusta, Marta. Si deseo instruirme, es sólo para obtener algun puesto aquí mismo, superior al que tengo y que mejore mi situacion para ofrecerte lujo y comodidades, como tú las ambicionas.

—No, no es eso, exclamó vivamente la jóven. Tú aprendes esas frases doradas en los libros, pero yo tengo por guía mi corazón, y él no sabe engañarme. ¿Acaso hoy eres lo que fuiste ayer para mí? ¡Con qué tierno afán aprovechabas de la menor circunstancia para correr á mi lado y alentarme con una palabra cariñosa!... Y ahora, si no te buscara yo en los momentos en que D<sup>a</sup>. Rafaela rendida por el calor del medio día, se entrega al reposo, ¿te apresurarias á buscar mi presencia, que parece ya serte enojosa? No, Marcelo, no: tú ya no me amas!

—¿Crees de buena fe eso que dices, Marta? ¿No tienes empeñada mi palabra? ¿No soy el prometido de tu corazón?

—¡Es suerte mía que hoy lo recuerdes! Hace tanto tiempo que no lo decías, que creí que o tuvieses ya olvidado.

—¿A quién culpas, Marta, sin no estamos unidos por la bendición del sacerdote?, exclamó Marcelo incorporándose con violencia. ¿Quieres que recordemos?: sea. Voy á evocar un pasado que hace enrojecer mis mejillas de indignación y de vergüenza.

—Calla, por Dios, calla, murmuró la jóven, mirando sobresaltada á su alrededor.

—¡Oh! no temas que me escuchen, dijo con amargo desde Marcelo; ¿acaso mi vergonzoso secreto no es la cadena con que me sujeta D. Jorge?

—Escucha, amado mio...

—Ha llegado la ocasión de hablar, Marta, y hablaré, para acallar de una vez tus injustas sospechas. Hace seis meses que pudiste llamarte mi esposa; pero, yo era pobre y tú necesitabas lucir aros de oro y polleras de gró para presentarte, según tu ambición, ante el sacerdote y los convidados; debía, pues, consagrarme con alma y vida al trabajo para satisfacer tus exigencias.

—Lo confieso, murmuró la jóven; esa fue la condición que te impuse, pero...

—Más ¿cómo llegar en poco tiempo á adquirir los medios de llenar esa condición?, interrumpió Marcelo con amargura; ¿bastaba el miserable jornal del indio para conseguirlo?... Fue en hora aciaga que entonces llegó D. Jorge, y que, depositario yo como hijo de su más fiel criado, de toda su confianza, cometí ¡Dios santo! El abominable delito de manchar con un robo el honrado nombre de mi padre!

Y Marcelo se llevó las manos á la frente para enjugar el frío sudor que la bañaba. Marta trémula y conmovida, no se atrevió á interrumpirlo.

—Era mi primer ensayo y fui torpe, continuó Marcelo con voz entrecortada. El Sr. Rubias leyó en mi frente los remordimientos de mi alma... Me habló con bondad y yo caí rendido á sus plantas... Se lo confesé todo: mi amor, tu ambición y mi delito. No te culpo, me dijo, levantándose del suelo, porque yo también sé por desgracia, á que negro abismo precipita el amor, esa ceguera del alma. Eres hijo de mi honrado y leal José, y esto me garantiza de que no volverán á flaquear los sentimientos de delicadeza y honradez que has heredado de tu padre. En prueba del completo perdón que otorgo á tu falta, quiero que no estés separado de tu prometida, que la traigas á casa para que sea más que criada, la compañera de mi inocente hija.

—¿Su inocente hija!, repitió irónicamente Marta. ¡Pobre padre!

## IV

### Celos

Antes la brusca interrupcion de la jóven, Marcelo clavó en ella una mirada profundamente ansiosa.

—¿Se engañará acaso D. Jorge?, preguntó con voz turbada. Tú que acompañas á Rafaela, debes saber los secretos que encierra su alma.

—Y a ti ¿qué te va en ello?, interrogó á su vez la jóven con tono incisivo.

—¡Nada!... Tienes razon... ¿Qué me importan los sentimiento de la niña?... Mi deber es complacer á los patrones... Debemos respetar sus secretos.

La indiferencia con que pronunció Marcelo estas palabras, calmó al parecer, la susceptibilidad de su prometida.

—Por otra parte, prosiguió jóven con aire convencido, un padre no puede equivocarse nunca en el juicio que forma respecto á los sentimientos de su hija; así es que, es indudable que Rafaela es inocente y pura como un niño en la cuna.

—¿Lo crees tú tambien así, señor sabio?, dijo Marta, picado en lo vivo por el tono de profunda conviccion de Marcelo.

—Sí que lo creo, contestó el jóven sin vacilar, mientras sentía los desordenados latidos de su corazon.

—Pues, mira si esos odiosos libros de que te rodeas, te enseñan á conocer lo que la simple vista de una ignorante mujer descubre y comprende.

—Acaba, Marta, acaba... ¿Qué has descubierto? ¿Qué sabes?... Estoy por suponer, añadió con forzada sonrisa que vas á inventar una historia para burlarte de mi credulidad.

—Escucha, pues, y juzga, exclamó Marta, completamente ofuscada por la expresion burlona de su amado. ¿Pueden ser puros é inocentes los sentimientos de Rafaela, cuando los oculta en el misterio de las noches?

—¡Un amor!, proferió trabajosamente Marcelo, clavándose desapiadadamente las uñas en el pecho para que el dolor físico venciese el que le destroza el corazon. ¡Mentira!. Ella no ve á nadie que pueda interesar una lama como la suya Marta se encojió desdeñosamente de hombros.

—¿Hé dicho yo que ella ame á algunos de los insulsos vecinos del pueblo?

—Pues bien: yo necesito saberlo... saber á quién ha entregado su corazon Rafaela: exclamó Marcelo, estrechando con brutal violencia las manos de su prometida. De lo contrario... ¡oh!... si sólo fuese una calumnia...

Marta, trémula de emocion, desprendió sus manos de la presion en que las tenia Marcelo, y con la mirada de sus negros ojos, centellante de salvaje ira, aproximó su desencajado rostro al de su amado, y con voz baja y entrecortada, murmuró á su oido.

—Escúchame á tu vez, Marcelo, porque ha llegado tambien para mí la ocasión de hablar y hablaré, para que comprendas por tu propio sufrimiento, el que yo he disimulado desde que alimentó una

terrible sospecha en el corazón... ¡Necio de ti que desdeñas el amor que en otro tiempo formaba tus delicias! ... amor altivo y puro, que tú ostentabas con orgullo y que yo confieso sin rubor, porque no llevo oculta en mi seno una imagen misteriosa, para consagrarle mis lágrimas y mis besos, en el aislamiento del día ó en el silencio de las noches. Yo no espero la soledad y las tinieblas para regar con el llanto lo que la pluma estampa en el papel, que luego es consumido por las llamas; yo...

—¡Calla, calla, desventurada!, murmuró Marcelo, cubriéndose el rostro con las manos y ahogando un sollozo desgarrador.

Marta cruzó los brazos sobre su pecho para contener los sordos y violentos latidos que parecían destrozarlo, y contempló con un mirada cruel la frente pálida y húmeda del joven. Un silencio preñado de amenazas, siguió á la dolorosa exclamación de Marcelo.

De pronto, y con brusco é irresistible arranque, Marcelo atrajo hácia sí á su prometida, y la estrechó convulsivamente entre sus brazos..

—¡Qué niños somos ambos, amada mía!, exclamó, procurando atraer á sus labios una pálida sonrisa. ¡Atormentarte así con quimeras hijas sólo de tu exaltada imaginación!... Dejemos en paz á los blancos... y piensa que unidos por nuestra raza, lo estamos también, y tiernamente, por nuestras promesas... ¡Marta! Yo quiero que sólo tu imagen sonría á mi memoria, que sólo tu amor llene por completo mi corazón.

Y la brisa, que mecía dulcemente el perfumado follaje de los naranjos en flor, se estremeció al recojer entre sus invisibles alas, el ruido de un ósculo de fuego.

Marta huyó, llevando un infierno de sospechas y de celos en el corazón

## V.

### Cambio de decoración.

Plácenos, lector querido, emprender en tu grata compañía un ligero viagecillo, no exento de riesgo, pero tampoco falto de encantos, por las feraces y casi desiertas fronteras de Chuquisaca.

Si piensas que en esos sitios privilegiados, los arbustos son árboles, los arroyos se convierten luego en caudalosos ríos, y que todo allí lleva el sello de los grandiosos destinos que el Cielo depara á nuestra, hasta hoy, tan abatida patria, estamos ciertos de que proseguirás gustoso la empezada peregrinación.

Miles de lucidas y canoras aves, pueblan los bosques, formados por árboles gigantes, muchos de los que ofrecen en sus ramas frutas delicadas, sin nombre conocido aun, y otros, sus olorosas resinas ó sus robustos troncos, cuyas maderas preciosas, son todavía un tesoro perdido en esas soledades, para la industria y para la riqueza de Bolivia.

Flores estrañas de vivos colores, tapizan el suelo, mezcladas con el abundante y vigoroso pasto que alimenta superabundantemente, el poco ganado que existe ya en nuestras fronteras, disminuido de día en día por el escandaloso robo de que es víctima esta única industria de sus habitantes, cansados ya de luchar contra la impunidad en que se deja, por la justicia, á *los del oficio*, como tan pintorescamente se llama allí á los ladrones.

Cruzan ese extenso territorio, caudaloso é inexplorados ríos, abundantes en sabrosos pescados, y cuyas ondas, adormidas, sobre su lecho de arena y oro, reflejan el azul del cielo y la exuberante y matizada vegetación de sus orillas.

Infinidad de insectos, lucientes con los colores del rubí y de la esmeralda, zumban en un rayo de sol ó se posan sobre las plantas que envían en aquella hora del día sus penetrantes emanaciones, en alas del ambiente que las arrulla y acaricia.

De pronto, interrumpe el murmullo de la naturaleza el acompasado paso de un caballo, cuyo jinete lleva casi oculto el rostro por la ancha y flexible ala de un fino sombrero de paja, y el cuerpo por un amplio poncho de makana (Tejido de algodón, hecho en el país.). Con la cabeza inclinada y las manos cruzadas sobre el arzon de la silla, deja flotar la rienda en el cuello de su fino y brioso caballo, abstraído en una profunda meditación.

El noble corcel, de alazanada piel y luenga crin, avanzaba lentamente, enderezando por momentos sus pequeñas orejas y con manifiestas señales de una inquietud, de que no parecía apercibirse su dueño. Pero, por absorbida que estuviese su imaginación, vino á despertarla violentamente el lejano y doloroso ahullido de un perro, al que siguió un rumor semejante al eco del trueno en el espacio.

El caballo detuvo su marcha y empezó á dar resoplidos, golpeando impaciente el suelo con sus piés. Convencido sin duda se desmontó con agilidad, y, llevando la mano á un ancho cinto de tafílete rojo, que le ceñía el talle, sacó un rico revolver y lo examinó, para convercerse de que no le faltaba una sola bala. Desgraciadamente para nuestro viajero, notó con marcada inquietud, que no podía contar más que con un tiro, y su mirada ansiosa interrogó las profundidades del bosque, como buscando un camino para huir del peligro que lo amenazaba. Resuelto sin duda á apelar al instinto de su caballo, se disponía á fiarle su salvación, más un poderoso y próximo rugido, estremeciendo el suelo mismo, pasó el colmo al terror que sacudía los miembros del noble bruto, y contestando éste con un resoplido salvaje, huyó velozmente en dirección contraria; en el momento en que, abriéndose con violencia la maleza que ocultaba el camino, se presentó un tigre ante la extraviada mirada del viajero.

La inminencia y horror del peligro, pareció devolverle su perdida serenidad. Echó á un lado el poncho que embarazaba sus movimientos, y arrancando con la mano que le quedaba libre, un puñal del cinto, preparó el revólver y dirigiéndolo con consumado aplomo á la cabeza del terrible habitante de los bosques, esperó á pié firme el ataque, con la mirada dilatada y fija en su terrible antagonista.

El tigre, al descubrir la presencia de un hombre, replegó su flexible cuerpo, para dar mayor violencia á su terrible salto, dejando oír un cavernoso rugido de coraje. Su cola azotó rápidamente sus jadeantes flancos, mientras recogía con la lengua la espuma sanguinolenta que cubría sus fauces.

El hombre y la fiera se contemplaron algunos segundos: la expectativa era solemne. El viajero aprovechó aquel instante de tregua para corregir la puntería de su revólver, seguro de que, fallado el tiro, su muerte será instantánea.

—¡Hélo allí!, exclamó de pronto una voz vibrante. Cuiden UU. de apuntar bien y ... ¡fuego!

Tres tiros salidos de la espesura del bosque, penetraron certeros en los flancos de la fiera, que cayó al suelo, mordiendo rabiosamente sus heridas. No tardó en aparecer un cazador, seguido de dos hombres, que disparó á boca de jarro sobre el tigre, destrozándole el cráneo y dando fin á su agonía.

—¡Uf!, buena corrida nos has obligado á dar, famosa pieza, dijo, limpiándose el sudor que bañaba su rostro; pero tu muerte no me consuela de la de mi valiente Leal, que nos descubrió tu guarida.

El viajero, que había retrocedido instintivamente tras de un corpulento ceibo á la orden de ¡fuego!, dio un paso adelante, descubriendo su presencia á los cazadores. El jóven, que parecía jefe de la pequeña partida, no disimuló su sorpresa ante tan inesperada aparición.

—Luis, dijo sonriendo el viajero, mi placer es tanto mayor al encontrarme con U. aquí, cuanto que, sabiendo su regreso de Santa Cruz, me dirigía justamente á saludarlo; ageno de sospechar, añadió mostrando el cadáver del tigre, que tuviese U. estos guardianes en las cercanías de su casa.

—¡Jorge!, exclamó el cazador, estrechando con franca y cordial expresion, las manos del viajero. U. se me ha anticipado á cumplir el grato deber de hacerle una visita, que yo me prometia realizar en breve... Pero, ¿cómo es que lo encuentro á U. á pié, en estos sitios?

—La oportuna intervencion de UU., me sacó de un serio apuro. El Instinto de mi noble caballo, me reveló la proximidad del tigre, y cierto de que me seria imposible dominar su terror, ni huir montado por las espesuras del bosque, eché pié á tierra, dejándolo libre de buscar la salvacion á su manera. Pero, no debe encontrarse lejos, pues, avezado á esta clase de aventuras, comprende que no debe abandonar á su dueño.

—¡Cuando pienso lo que pudo haber costado á U. su deseo de verme!, exclamó el cazador.

—¡Bah!, hizo Jorge con indiferencia. En otro tiempo, cuando acompañaba á mi padre á recorrer sus propiedades, aprendí á perder el miedo á tales encuentros. ¿Quiere U. ordenar á uno de sus hombres que vaya en busca de mi alazan?

—Pablo, que es excelente rastreador, se encargará de ello, y nos dará alcance en casa, á donde llegaremos sin fatiga, pues no dista mucho de este sitio. Tú, Jaime, te quedas aquí, para llevarme la piel de este soberbio tigre. Y ahora, en marcha, amigo mio: no nos vendrá mal un pequeño refrigerio.

## VI.

### Jorge y Luis.

La casa de hacienda del jóven cazador, era tan sencilla y rudimentaria como todas las que se estilan en nuestra frontera. Tres ó cuatro habitaciones, cuyas paredes son de caña brava con revoque de barro, y en vez de teja *huailla* (Paja.) de costumbre; los muebles indispensables, de fabricacion tosca aunque sólida, componen generalmente el conjunto, de esas casas da hacienda, tan alejadas unas de otras y con caminos tan montuosos y difíciles, que hacen casi imposible la sociabilidad entre vecinos.

Luis instaló á su huésped en la habitacion que le servia de sala, comedor y estudio á la vez, cuyas paredes blanqueadas, y una ancha ventana con vidrieras, revelaban en su dueño hábitos de comodidad y de limpieza.

Mientras los dos amigos terminan un sencillo pero sustancioso desayuno, vamos á dar un ligero bosquejo de ambos.

El audaz cazador, de formas esveltas y nerviosas, representa 32 á 34 años. Su cútis es moreno, su cabellera negra, ensortijada y sedosa, deja á descubierto su despejada frente. Negros y expresivos son sus rasgados ojos, y la franca sonrisa de sus labios, descubre una dentadura de irreprochable blancura, contrastando agradablemente con el oscuro y fino bigote que sombrea su labio superior. El ligero y holgado vestido que cubre su cuerpo, según las exigencias del ardiente clima, realza la elegante soltura de sus modales.

La belleza delicada, femenina del viajero, forma contraste con la varonil apostura del cazador. El color rubio de su recortada cabellera, el azul profundo de sus grandes y medio velados ojos, la palidez mate de su cutis el rojo subido de sus labios y la fria é irónica sonrisa que alguna vez los

contrae, impresionan de una manera estraña, sin dejar de sentir la influencia que se desprende de aquel hombre, cuya mirada, cuya sonrisa, se comprende que están lejos de ser el reflejo de su alma.

No tardaron en ser informados del regreso de Pablo, conduciendo el caballos de Jorge, que fue colocado bajo un espacioso cobertizo, ante una colmada arteza de cebada sazónada con sal.

Los dos amigos continuaron su interrumpida conversacion, saboreando una taza de café y un puro de las regiones de Mojos.

—¿Permanecerá U. algun tiempo más en estos lugares?, preguntó Luis á su huésped.

—No podré asegurarlo. Si Rafaela no se fastidia con la soledad y la monotonía de esta vida de campo, es probable que no lo abandone tan pronto.

—Cierto que en la edad que tiene Rafaela, semejante existencia no puede satisfacerla; y ella, que si ha cumplido lo que prometía ser en niña, es ahora una lindísima jóven.

Jorge clavó sus ojos en el rostro franco y expresivo de Luis, y contestó lentamente.

—U. podrá juzgarla en breve, puesto que me ha ofrecido acompañarnos unos días en casa.

—Con la más completa satisfacción de mi parte. La vecindad de UU. es el rayo de sol que me apresurará á gozar mientras dure.

—Pero hablemos de U., Luis, cuya existencia hace tanto tiempo que había perdido de vista.

—Ella es sencilla como todo lo que no sale de la esfera común de la vida. Poco tiempo después del viaje de U. á Chile, tuve la desgracia de perder á mi madre, y abandoné Sucre, completamente huérfano pues que hacia dos años, como U. sabe, que la muerte me arrebató la ternura y la protección de mi padre. Me lancé en cuerpo y alma á la política, sirviendo con lealtad al Gobierno legalmente constituido; pero, es esa senda solo hallé abrojos y decepciones que me lastimaron hondamente el alma. Ensayé entonces consagrarme al trabajo; pero, una fatalidad inconcebible, parecía perseguirme sin descanso; fallaban mis combinaciones mejor calculadas y los negocios que parecían infalibles, me llevaban rápidamente á la ruina. Cansado y dolorido, quise á los menos que quedase mi nombre sin tacha. Liquidé mis negocios, saldé mis créditos y me vine á esta asilada propiedad, donde desde hace más de un año vegeto sólo y resignado.

Jorge había escuchado con vivo interés la relación del jóven.

—Comprendo que semejante modo de ser satisfaga á U. por algun tiempo, dijo, después de un breve silencio; pero el cansancio no tardará en venir, porque U. se encuentra en la plenitud de la vida, y entonces...

—Entonces, interrumpió alegremente Luis, cuando me venga la nostalgia de la sociedad, ensillo mi mejor potrero, y en tres días de veloz marcha, me hallo en nuestro querido Sucre, que no he vuelto á ver desde que dejé allí las santas cenizas de mi madre.

—Pues ¡qué!, exclamó ansiosamente Jorge, ¿ha podido U. resistir al deseo de estrechar la mano de sus numerosos y buenos amigos de la capital?

—Confieso que ello me ha costado alguna violencia; pero, para que U. no exagere mi mérito añadiré que esa dura privación nace del amor propio. Me parecía humillante presentarme arruinado, allí donde ocupó tan distinguida posición mi familia. Por otra parte, mis frecuentes y largos viajes de negocios á Santa Cruz, han ocupado pasablemente mi tiempo. Hace sólo ocho

días que estoy de regreso, después de cuatro meses de ausencia, y supe entonces que hacia el mismo tiempo que U. se hallaba en estas fronteras.

—¿Podré creer, dijo Jorge con una de sus extrañas sonrisas, que no entra por nada el corazón en la conformidad con que acepta U. su actual situación?

Luis lanzó un sonora y franca carcajada.

—¿Enamorado yo?... ¿Y de quién puedo estarlo aquí, Jorge?

—¡Oh!, yo me refería á esos frecuentes y largos viajes á Santa Cruz.

—Sin duda que se hallan allí encantadoras mujeres, amigo mio; más sea que mi primera educación en Sucre ha dado otro giro á mis inclinaciones, ó que la dolorosa preocupación de mi mala suerte me ocupe por completo, aseguro á U. que hasta hoy, me encuentro libre de uno de esos sentimientos profundos y durables que deciden de la felicidad ó de la desgracia de un hombre.

Un fugaz relámpago, parecido á un rayo de satisfacción, iluminó la mirada de Jorge. Consultó su magnífico cronómetro, y se puso de pié.

—Son más de las tres de la tarde, dijo, y sólo me queda el tiempo estrictamente necesario para llegar á casa.

—¿Piensa U. que le sea posible hacer cuatro leguas bien largas esta tarde?

—Iré á buen paso.

—Pero ¡si eso es imposible en nuestros caminos! Sin contar con que puede repetirse la escena de este medio día, ya sea con un tigre ó con uno de los toros alzados que no faltan en las estancias.

Jorge se encogió de hombros con indiferencia.

—Tengo en mi revólver las seis balas que U. me ha proporcionado, dijo.

—No: yo no puedo permitir que U. cometa esta imprudencia, insistió Luis. Deme U. el gusto de pasar aquí la noche, y le prometo acompañarlo mañana.

—El ofrecimiento es tentador; pero sucede que dí aviso á José de que hoy estaría en casa, pues aun ignoraba el regreso de U., que no lo supe si no esta mañana, en la choza donde pasé la noche. La proximidad me tentó, y quise hacer á U. esta visita. Ya ve U. que mi tardanza pondría en inquietud á la familia.

Luis se inclinó en señal de condescendencia, y los dos amigos salieron al patio. Pablo puso la brida al soberbio corcel del viajero, y ajustó la sincha de su rica montura. Jorge acarició con su blanca y nerviosa mano, la crin de su caballo.

—Acepte U. á lo menos la compañía de Pablo, dijo Luis, que es un diestro consumado para estos caminos.

Jorge se contentó con sacudir negativamente la cabeza, y estrechando fuertemente las manos del jóven, le dijo con extraño é incisivo acento.

—Hasta la vista, ¿no es verdad? Espero que no tarde U. en venir á casa, que ha sido y seguirá siendo siempre la suya.

Y montando con consumada maestría su impaciente caballo, lo picó ligeramente con la espuela y desapareció de la vista de Luis, que inquieto y preocupado murmuraba.

—¡Cuán cambiado está Jorge!... con su aire ceremonioso y su sonrisa que hiela! ... No son exageradas las noticias que de él me dieron... ¡Pobre y querida Lola!... ¡ni aun me he aventurado á pedirle noticias de ella!

Volvió la cabeza y vió á Pablo que permanecía de pié á sus espaldas.

—¿Tienes ensillado tu caballo?, le preguntó Luis de pronto.

—Sí, Señor.

—Móntalo sin pérdida de tiempo, y procura seguir sin ser notado por él, al caballero que acaba de marcharse.

—D. Jorge Rubias, el hacendado más rico de estos lugares. Lo conozco, Señor, y conozco su casa.

—Importa, repito, que no advierta que tú lo acompañas. Mi temor es que corra peligro en los bosques, ó al pasar, tarde ya, el río que tiene que atravesar á tales horas. Una vez que esté á la otra banda, te regresas, si hay tiempo, ó duermes por ahí, en casa de algun conocido tuyo, volviendo mañana muy de madrugada, á darme cuenta de mi encargo.

¿Llevas tu cuchillo?

—Aquí está, en el cinto.

—Carga también la escopeta y llévala, para todo evento. En marcha, Pablo, en marcha.

## VII.

### [En que se ve que solo se ven tinieblas](#)

No hay quién no haya notado el desaseo,  
la tristeza, la incomunicación que reinan  
en los pueblos trabajados por los partidos.  
[Don Javier de Burgos]

Retrocediendo algunos días de los acontecimientos anteriormente relatados, forzoso nos es ir con nuestro condescendiente lector, á Sucre, la culta capital de Bolivia.

Sucre conserva aun en el seno de su buena sociedad, los modales y hábitos de la aristocracia española: tiene el distintivo de la inteligencia como el del buen tono; pero ¡triste es confesarlo!, lejos de marchar con los adelantos de la época, ni siquiera puede aplicársele hoy el calificativo de "limpia como una taza de plata" que, con tanta razón merecía antes. Sus calles desaseadas y desiertas durante el día, mezquinamente alumbradas por las noches, sin policía á ninguna hora, sin comercio, sin teatros, sin vida!... Y es de notar que Sucre es la residencia actual de los primeros capitalistas de Bolivia, el centro de los Directorios de minas y de Bancos, sin que estas, al parecer, grandes ventajas, dejen sentir su benéfica influencia en el modo de ser social de Sucre. Es que el cáncer que corroe sus entrañas son los odios y divisiones políticas; es que llega el momento en que la abrumadora certidumbre de la impotencia para vencer el mal y obtener el bien, obliga á que la sociedad se cruce de brazos y desalentada é indolente, se deje envolver por las corrientes que bajan al abismo...

Son las nueve de la noche, lo que significa el reposo, el silencio sepulcral en las calles de Sucre. Nadie que discurra por las calles de la ciudad; ni una sola puerta de calle hospitalariamente abierta: aquello causa pavor al forastero. Pero nosotros, á fuer de expertos pilotos, vamos sin miedo y sin vacilacion entre tinieblas [En las noches en que debe salir temprano la luna, el contratista del alumbrado hace economia de luz, aunque se encapote y truene el cielo.], á la casa á donde nos es forzoso entrar para seguir el curso de nuestro relato.

Apoyados los codos sobre una mesa central, y con el rostro inclinado entre las manos, lee una cara extendida ante su vista, á la luz de una lámpara de cristal, una mujer, jóven aun y notablemente bella. La carta dice así:

—¡Mamá! ¡mamá de mi alma! Necesito imperiosamente, revelarte el verdadero estado de mi corazon... ¡No puedo más!... Cuando prometí á mi padre someterme sin restriccion al género de vida que quisiera imponerme, fue con la esperanza de que, mi completa sumision, haría cesar para ti y para mí, la extraña existencia á que nos tiene condenadas. ¡Ocho años de separacion, madre adorada! Y si á lo menos se me permitiese besar á la faz de todos tu hermoso retrato; confesar que lo tengo, que lo guardo como una santa reliquia en mi seno!... ¡Si pudiese hablar de ti, escribirte libremente!... Pero, nó! ¡se me ha prohibido hasta tu recuerdo!... Para ello sería preciso que me arrancasen el corazon.

¡Cuántas veces he aprovechado del silencio de las noches y de mi aislamiento en esta apartada propiedad, para llenar páginas consagradas á ti, mamá de mi alma, confiándote mis vagos é inquietos sentimientos, compartiendo contigo mis esperanzas!... Páginas ¡así que á pesar de las lágrimas con que estaban humedecidas, eran devoradas inmediatamente por el fuego, donde las ponía á salvo de una indiscrecion que reagraría talvez tu situacion y la mia.

Pero, al fin, era necesario arriesgarme á que te llegase un recuerdo mio; tú que ignoras quizá que hace cuatro mortales meses que nos encontramos en la frontera, en una finca de mi padre, que aun guarda como un perfume de tu corta permanencia en ella, como dice el anciano y buen José; y como si el Cielo empezase á compadecerse de nosotros, he encontrado en este leal y antiguo servidor la discreta y cariñosa persona que necesitaba para enviarte mis besos y mostrarte á descubierto mi pobre corazon. Tranquilízate, madre mia: José me responde de la seguridad del conductor de mi carta. Y esta vez podré escribirte larga y libremente, pues hace días que papá se ocupa en visitar las numerosas estancias de esta finca.

¡Raras, anomalias las del corazon. ¿Lo creyeras, mamá querida? Hay instantes en que me encuentro tan sola y me creo tan abandonada, que llego á extrañar la presencia adusta y ceremoniosa de mi padre. Pero es tambien que empiezo á tener miedo de mi misma, descubriendo los sentimientos nuevos y vehementes que me agitan. Junto á ti, no me atrevería talvez á revelártelos, más por medio del papel tengo valor, porque no puedes notar el rubor que cubre mis mejillas. Y luego ¿quién si no tú puedes leer en el corazon de tu pobre hija y guiarlo y darle luz, en medio de las ardientes y extrañas aspiraciones que lo combaten? Educada como he sido, en medio de santas mujeres y de paredes monacales, el mundo me es desconocido aun, y le tengo miedo como lo tengo á mi inexperiencia. Por eso procuro huir de mí misma, y busco distracciones en los libros de que papá ha sido pródigo en llenar el lindo estante del precioso cuarto que yo ocupo, y que fue el tuyo, segun sé, en mejores tiempos; pero encuentro en sus páginas imágenes que ruborizan, descripciones que enardecen mi sangre, reticencias misteriosas ante las qué, no atreviéndome ni pudiendo comprenderlas, retrocedo trémula y cobarde...

Entonces necesito aire que refresque mis sienes, espacio que dilate mi pecho, y salgo sola (pues todo testigo me es importuno), á recorrer con preferencia los sitios que fueron de tu predileccion, llegando con frecuencia á reflejar mi rostro en las ondas del rio en que sonrió tu imagen. El buen José, que sueña con toros bravios y con tigres, se esfuerza en vano por inspirarme sus temores. ¡Ah!; nos son esos peligros [si existen], de los que puedan atemorizarme... ¡si pudiese yo huir con la misma facilidad, de los que llevo en mi propio corazon!...

¿Qué pasa pues, en mí madre adorada? ¿Será que mi inmensa ternura por ti, siempre oprimida, siempre oculta, aun en sus exigencias mas santas y naturales, acaba por desbordarse, reclamando imperiosamente su independencia?...

¿Qué digo?... Oh!, no me creas, madre mia, no me creas. Yo seré siempre digna de ti... tomaré ejemplo de tu resignado sufrimiento... despedazaré en silencio mi pobre corazon... sabré morir, ántes de dar cabida en mi alma á nada que pueda rebajarme á mis propios ojos y hacerme indigna de tu maternal ternura...

## VIII.

### Continuacion.

Un ligero y discreto golpe en la puerta, estremeció á Lola (pues era ella, como fácilmente lo habrán comprendido nuestro lectores. Oculto con precipitacion la carta en su seno, y enjugándose el llanto que corria por sus mejillas, procuró disimular la profunda alteracion de su voz al decir.

—Adelante.

Abrióse lentamente la puerta, y entró un anciano caballero.

—¿U.,tio?, exclamó Lola. Muy temprano se recoje U. esta noche.

—¿Temprano, y son las nueve y media?, contestó sonriendo bondadosamente el caballero.

—Yo no sé... El tiempo se me ha pasado sin saber cómo. ¿Querrá U. que le sirva el chocolate?

Por toda respuesta, tomó el anciano entre las suyas las heladas manos de Lola, y mirándola con fijeza le dijo.

—Necesito tener contigo una explicacion decisiva. Me haces sufrir atroz é inmerecidamente con tu reserva.

—¿Yo?... ¿Reservada yo con U., querido tio, mi segundo padre?

—Ahora mismo, veo huellas de lágrimas en tu rostro... ¡y nada me dices del motivo que tienes para derramarlas!

Lola sacó en silencio la carta de su hija, y se la entregó al anciano, cayendo sin fuerzas sobre un sofá, sacudida por los sollozos á que dio libre curso.

El caballero leyó lentamente y para sí aquellas conmovedoras páginas, impregnadas de un desaliento infinito, preñadas de vagos y amenazadores temores. Terminada la lectura, estrechó largo rato y silenciosamente entre sus brazos á la desconsolada madre.

—Valor, hija mia, ¡valor!, le dijo con acento conmovido. La carta de Rafaela hace ahora más necesaria de lo que yo creia la explicacion que insinuaba. Ella será dolorosa, hasta cruel para tu corazon, mi Lola querida, pues necesito echar contigo una mirada investigadora sobre ese misterioso pasado, que por no renovarlo ante tus ojos, he dejado dormir tantos años hace.

—¿Una mirada sobre el pasado?... No comprendo, murmuró Lola, levantando su agoviada cabeza.

—Sí, hija mia; para buscar un rayo de luz que nos guíe en el oscuro laberinto en que permanecemos. Piensa que de la exactitud y lucidez de tus recuerdos, puede surgir el remedio de nuestra situación... ¡la felicidad de tu hija!

—Hable U. padre mio, hable U., exclamó vivamente la madre. ¿Qué exige U. de mí?

—Lo que te exijí en los primeros momentos de la inexplicable marcha de Jorge con Rafaela, y que ahora, después de ocho años, con la calma y la reflexión que da el tiempo, pudiéramos llegar á descubrir. Quiero decir, que busques en tu corazón, en los más recónditos pliegues de tu conciencia que explique la conducta observada contigo por tu esposo.

Lola se llevó las manos á la frente y reflexionó largo rato.

—¡Nada!...No hallo nada... no me explico nada, murmuró con desaliento. Interrógueme U., mi buen tío; yo me confundo y mi pobre cabeza se desvanece. ¡He reflexionado tanto, tanto... y siempre inútilmente!

—Pero, dado el carácter reconcentrado de Jorge y la violencia con que te amaba, quizá bastó una ligereza de tu parte, la sombra sólo de una sospecha...

—¡Oh! exclamó Lola fijando con asombro sus negros ojos en el anciano, si él sabía, si él no podía dudar que su vida era mi vida, que su amor era mi culto!

—¡Pobre, hija mia! Ignoras que basta una mirada, una palabra sin sentido, para despertar celos en caracteres apasionados como el de Jorge.

—Entonces, él me lo hubiera dicho, me habría pedido explicaciones...

—No: hombres como él, ni las buscan ni las aceptan. Hagamos pues, un último y supremo esfuerzo de memoria para recordar los menores detalles de lo que pasó, antes de la brusca partida de Jorge.

—¡Lo tengo todo tan presente! Ni la más pequeña nube había turbado nuestra felicidad. Mi Rafaela debía cumplir en breve diez años, que para mí habían pasado como un sueño delicioso. ¿Recuerda U. tío, que tres días antes del cumpleaños de mi hija, se fue Jorge á nuestra encantadora propiedad de la quebrada de Yotala á disponer la casa para que pudiéramos ir ese día, y pasar allí unas horas de placer y de libertad?

—Recuerdo también que, siempre preocupado con los medios de enamorar más y más á tu esposo, quisiste aprovechar de su ausencia para prepararle una agradable sorpresa, ensayando una piécita teatral, en la que tomó parte nuestro buen y querido Luis, y yo me presté de buena gana á desempeñar el papel que quisiste señalarme. Confieso que más de una vez admiré en esos ensayos, tus raras aptitudes para el teatro.

—Mis afanes fueron inútiles, dijo Lola con la honda tristeza. La víspera del cumpleaños de mi Rafaela y mientras nos ocupábamos en ese juego de niños, entró un criado á avisarme que Jorge había regresado momentos antes y vuelto á partir con el mozo que llevaba á mi hija. En ese primer instante, imaginé que sólo se trataba de regresar á la finca, haciendo que se nos anticipase mi hija. ¡Pobre de mí!... La carta que en seguida entregó á U. el criado en nombre de Jorge, y la emoción y sorpresa que U. no pudo disimular al leerla, no bastaron aun á hacerme comprender mi desgracia.

—Luis se hallaba con nosotros, hija mia, y fue necesario que apelase á toda mi fuerza de voluntad, para dominarme hasta poder hablar á solas contigo.

—Esa carta, que U. me permitió leer para buscar el medio de explicarla, me trastornó la cabeza y me destrozó el corazón.

—Su contenido literal lo tengo gravado con caracteres de fuego en la memoria, interrumpió el anciano, arrastrado á su vez por su dolorosos recuerdos. Señor D. Armando del Valle, me decia en ella, dura y lacónicamente. Cumpló con el deber de dirigirme á U. como al único representante de la familia de su sobrina, para participarle que estoy firmemente resuelto á llevar á Rafaela léjos de su madre: su educacion corre á mi cargo. Ahora me dirijo á Chile... despues... no sé á punto fijo donde me conduzca el destino. Lo que exijo de U., y con sobrado derecho para hacerlo, es que no se intente darme noticias ni obtenerlas nuestras, si se tiene interes en la felicidad de Rafaela. Queda mi encargado de confianza, con órden de poner en manos de U., sin aceptar escusa de ningun género, la fortuna de su sobrina, que corrió á mi cargo.

—Pero, yo que sabia que era mio el corazon de Jorge, exclamó Lola, quise correr tras él... ¡ver á mi hija!...

—Y yo me opuse terminantemente á que cometieses tal imprudencia. Conocedor del carácter de Jorge, tu presencia lo habria lanzado á un franco y ruidoso rompimiento. Hoy me felicito aun de mi oposicion. El deber que me impusieron tus padres, al dejarte huérfana en mis brazos, fue el de conservar sin mancha el nombre que llevas, y por eso quise evitar exponerlo á la arrebatada violencia de Jorge. Verdad es que la larga ausencia de tu esposo y la separación de tu hija, son hechos patentes y claros para la sociedad; pero tambien es cierto que la prudente reserva de Jorge y tu aparente tranquilidad, no has dado lugar á que caiga sobre ti, pura y desventurada hija mia, la censura de nadie. Hoy han cambiado las circunstancias...

—¿Será posible, padre mio?

Y Lola palpitante de ansiedad y de esperanza, miró ansiosamente á su tio. D. Armando le señaló la carta de Rafaela.

—Mi dignidad enmudece, dijo, mi resolucion está quebrantada... Un deber mis veces sagrado é imperioso está sobre toda consideracion humana... Volemos al lado de Jorge... ¡vamos á salvar á tu hija!

## IX.

### Ansiedades.

Como lo habia previsto Luisa, llegó Jorge á su casa cuando la noche habia extendido ya su oscuro manto. Acostumbrado á la soledad y el silencio que en ella reinaba de ordinario, echó pié á tierra y condujo por si mismo, guiado por la luz del farol que alumbraba el zaguan, á su fatigado caballo, asegurándolo por la brida á uno de los árboles del patio, dirigiéndose en seguida á una habitacion, cuya llave tenia consigo. Allí encendió una lámpara y empezó á arreglarse el vestido, para ir á tomar el té con Rafaela, con la ceremoniosa etiqueta que usaba en sus relaciones con su hija. En aquel momento entró bruscamente Marta. Jorge frunció lijeramente el entrecejo, contrariado de aquella no anunciada presencia de la jóven, y disponiéndose á dirigirle una reconvencion; pero Marta no le dio tiempo para ello: juntó las manos exclamando con voz entrecortada.

—No es culpa nuestra si la Señorita no está en casa. Desde la puesta del sol andamos en su busca.

—¿Qué dices?... ¿Rafaela?, preguntó Jorge vivamente.

—Ella salió á pasear sóla despues de la comida, como lo tiene de costumbre...

—Acaba, con todos los santos. ¿Qué ha sucedido con la Señorita?

—¿Quién puede saberlo? Inquietos de su larga ausencia, salimos José, su hijo y yo á buscarla, tomando cada uno una direccion distinta y dando aviso al pasar, para que nos ayudasen, á los colonos que viven cerca. Desde una altura donde subí á gritar á la Señorita, lo ví á U. que regresaba, y he corrido á casa esperando hallar ya aquí a José ó á su hijo... ¡pero, no parece nadie!

Mientras esta relacion de Marta, encendia Jorge una linterna de reflejo de poderoso alcance, y tomó su sombrero.

—Ve en el acto y trae el farol que está en el zaguan, dijo á la jóven: vas á acompañarme.

—¡Oh! sí, si Señor: con toda mi alma.

Y Marta salió apresurada á cumplir la órden.

—Así podré saber si se han encontrado en medio de los bosques... si han estado juntos en la soledad y en las sombras, murmuraban sordamente la jóven... Oh! ¡si eso hubiera sucedido!...

Y sin terminar su pensamiento, arrancó con mano febril el cordel de que pendia el farol en el zaguan.

Jorge y Marta, provistos ya de luz, abandonaron precipitadamente la casa, empezando sus investigaciones por los alrededores, y extendiéndolas despues á larga distancia. Jorge pensaba, sintiendo frio en el corazon, en su aventura de aquel medio dia, representándose á Rafaela en igual trance. Marta, preocupada con una sola y punzante idea, sentia latir sus sienes con violencia, secársele la garganta y faltar aire, á sus pulmones.

—Ah!, exclamó de pronto. Ya los veo. Son ellos, son ellos.

É indicó con la mano un grupo confuso aun de gente que adelantaba con lentitud. Marta, incapaz de contener su impaciencia, corrió á su encuentro, no tardando Jorge en hallarse á su lado. Al ver al anciano José, que marchaba á la cabeza del grupo. Jorge le preguntó ansiosamente.

—¿Traes á la Señorita?

José levantó la frente, que la tenia inclinada sobre el pecho y contestó como un hombre que sueña.

—Traigo el cadáver de mi hijo.

Lanzó Marta tan agudo grito, que sacudió como un golpe eléctrico los miembros del pobre anciano.

—No llores, Marta, le dijo. Marcelo ha muerto valientemente, cumpliendo su deber, en defensa de la niña.

—José, mi buen José, dijo Jorge, estrechando cariñosamente entre las suyas las trémulas manos del anciano. Necesito saber cómo ha sucedido esa desgracia.

—Yo seguia con algunos hombres por la orilla del rio, contestó José con voz fatigada y lenta, siempre llamando á la Señorita, que no contestaba. El sordo rujido de un toro, vino á colmar nuestros temores... Guiado por ese ruido, llegué antes que todos allí... ¡para recoger el último beso, la postrera palabra de mi hijo!

—¿Rafaela?, murmuró estremecido Jorge.

—Mientras Marcelo luchaba con el toro, la niña, enloquecida por el terror, había huido... ¡También la pobre y querida niña ha desaparecido!, concluyó José, llevándose las manos á la frente con aire de profundo desconsuelo.

Marta lanzó de pronto una carcajada estridente.

—No le crean UU., no: eso no es cierto, dijo, clavando sus secos y centelleantes ojos en la improvisada camilla donde era conducido el cuerpo de su prometido. Ellos se han hablado en la soledad... ¡¡ellos has huido juntos!!

Y presa de una crisis nerviosa cayó convulsa al suelo.

—Está loca esta desgraciada, exclamó Jorge. Condúzcanla UU. á casa; y tú, mi buen José, sigue con los restos de tu noble y valiente hijo; yo sólo necesito de dos hombres que me acompañen, para seguir buscando á Rafaela.

El anciano movió melancólicamente su encanecida cabeza y guardó silencio.

Guiado por la relación de José, escudriñó Jorge con incansable actividad, ayudado por sus dos compañeros, los sitios de la orilla del río, próximos al lugar del valiente combate de Marcelo con el toro, cuyas huellas regadas con sangre, conservaba la removida arena de la playa. Pasaban las horas lentas y angustiosas, sin descubrir indicios de Rafaela. Mientras tanto, se encapotaba el cielo, y lejanos trueno y deslumbrantes relámpagos, anunciaban la llegada de una de esas tempestades tan rápidas, terribles y frecuentes en esas zonas. Pero Jorge no parecía apercibirse de ello. Su atención se fijó de pronto en un pedazo de papel que yacía medio enterrado por la arena. Los tomó con mano nerviosa; y aproximándolo á la luz de la linterna, pudo reconocer la escritura de la joven casi borrada en su totalidad por la humedad de la tierra y el abundante rocío de la noche. Jorge descifró trabajosamente estas frases: No puedo más... Sabré morir...

Circuló un frío estremecimiento por sus miembros; su mirada dilatada y medrosa, se fijó en las tranquilas y profundas aguas del río, y herido de una idea horrible, cayó de rodillas, murmurando con voz ronca y convulsa.

—¡Ahogada aquí talvez!... ¡Santo Dios!... ¡¡y si fuese mi hija!!...

## X.

### Revelacion.

La mañana del siguiente día, fue lluviosa y lúgubre. La naturaleza había sufrido uno de aquellos sacudimientos tempestuosos que tronchan árboles y arrancan de raíz matorrales y yerbas. Intimidadas las aves, no dejaban oír su alegre salutación al nuevo día, y el alma, bajo aquel cielo plomizo y húmido como un sudario, se sentía agoviada y enferma.

Arrancado Jorge casi violentamente por sus dos compañeros, del sitio en que cayera extenuado á orillas del río, y cuando empezaba á desencadenarse el huracán mezclado con torrentes de agua, fue colocado cuidadosamente en su lecho, sin sentimiento real de lo que pasaba á su alrededor. La luz del día lo sorprendió dolorido y calenturiento, trazando lentamente ante su memoria, una á una las escenas terrible de la víspera. Sintió nuevamente y con intensidad que el frío invadía sus miembros, que un rápido y agudísimo dolor le atravesaba las sienes, y se incorporó vivamente sobre su lecho, haciendo un esfuerzo para alcanzar la ropa que tenía á su lado.

—¡Desgraciado y leal José!, pensó, mientras envolvía su aterido cuerpo con una colchada bata de franela. Debe estar en estos momentos en camino al pueblo para enterrar á su hijo.

La palabra hijo, le causó un nuevo estremecimiento. Se dirigió á abrir la puerta de la habitacion, quedando como clavado allí y la mirada fija en el qué conducia al cuarto de Rafaela. En las repetidas veces que habian entrado allí en su busca, con la esperanza de hallarla de regreso, nadie habia cuidado de cerrar la puerta, y Jorge podia ver desde su puesto, una parte de aquella casta y encantadora habitacion, que parecia ejercer sobre él una dolorosa fascinacion. Atravezó con paso lento el corredor á cuyo extremo se encontraba, y como si aquel esfuerzo hubiese agotado sus fuerzas cayó sobre aquel mismo sillón en q' presentamos reclinada á la jóven.

Poco á poco se animó la pálida y demudada fisonomía de Jorge; brillaron sus azules ojos, y su sonrisa irónica y amarga contrajo sus labios. Comprimió con ambas manos los precipitados latidos de su corazon, y sentándose delante de la mesa-escritorio de Rafaela, trazó con mano firme las siguientes líneas.

—"Después de ocho años de silencio, te dejo oír mi voz... pero es tan sólo para enviarte por último adios mi maldicion y mi desprecio.

Mujer sin corazon y sin honor, así pudiste engañar fria y calculadoramente por espacio de tantos años mi noble confianza, mi amor sin límites!... Y tu frente bella y mentirosamente casta, recibia sin enrojarse mis apasionados besos, y no palidecia cuando mis labios llamaban ¡hija mia! á la que lo era del deshonor y del oprobio!

¡Oh!, he sufrido tanto, que alguna vez, ¡miserable de mí!, he llegado á maldecir el instante en qué, agujoneado por mi amor, regresé inopidamente en busca de tus mentidas caricias, y por la entreabierta puerta, te escuché, ¡te ví de rodillas á los piés de ese hombre, hablándole de su hija... de la hija de tu pasion impura!!...

Y aun hallé fuerzas para renunciar á bañarme en tu sangre y en la suya!... ¿Sangre?... ¿Es que ella me devolveria todo lo que tú y tu cómplice me habiais robado... ¿Escándalo? No: él salpicaria con su lodo mi nombre sin mancha. Ni rompiendo ruidos mi muerte. ¿La muerte?... eso acaba demasiado pronto. Mi venganza debia ser lenta pero terrible, como premeditado y terrible fue tu crimen, como terrible y lenta seria tu expiacion!

Sábelo, pues, mujer indigna. Yo he seguido de lejos pero incesantemente los pasos del amado de tu corazon, con la paciencia del tigre que asecha una presa para su festin de sangre. Mi oro y mi influencia, lo desprestigiaron ante el Gobierno á quien servia, y esa influencia y ese oro sirvieron tambien para arruinarlo en sus intereses obligándolo á huir á la soledad, como un fiero acosada por los cazadores. Colocado en la situacion que yo queria, me he puesto cerca de él... El terreno estaba preparado... ¡Mi venganza se aproximaba!

La educacion que con incansable vigilancia, hice dar á Rafaela en Santiago como en Paris, hacia de ella un ángel de candor, con imaginacion de fuego y corazon de mujer. Así la traje inocente y pura, en medio de estas voluptuosas soledades, cuidando de poner al alcance de su mano y de su mirada, esas producciones libres de la actual literatura realista, y esas hermosas pinturas de la artística Italia, que hablan á la imaginacion y á los sentidos, mientras yo me esmeraba en repetir con palabras de elogio, el retrato moral y físico de ese hombre, que debe tener la belleza de la seduccion ante las mujeres, puesto que consiguió precipitarte á un abismo de infamia...

¿Comprendes ahora el plan que seguia mi venganza?... El veneno moral que se infiltraba en las venas de Rafaela, empezaria á dar sus frutos... ¿Cómo no aprovechar de aquellos momentos para dar forma á su vagas é inquietas aspiraciones de mujer, poniéndola frente á frente de aquel que debia ser el único llamado á apoderarse sin reserva de su vírgen y ardiente corazon?... Su amor me daría perfecto derecho para interpelar al amante, obligándolo á optar entre la mano de ...su hija, ó la confesion de su crimen, para matarlo en seguida como se aplasta á un reptil ponzoñoso. Entónces ¡sólo entonces! Viendo á tu hija desgraciada hasta la desesperacion, habiendo aprendido á despreciarte, te la hubiera arrojado á los piés, escupiéndote al rostro la palabra... ¡jadúltera!!

El cielo ó el infierno, no ha querido que yo saboree esta venganza... ¡Rafaela ha muerto!...

## XI.

### Se hace la luz.

La mano de Jorge, tembló al estampar esta frase, como si tal idea se presentase por primera vez á su imaginacion. Se levantó precipitadamente, haciendo caer con su brusco movimiento, un libro que se hallaba sobre el escritorio, quizá el mismo que vimos antes, con una rosa marchita por señal, en el velador de Rafaela.

Sucede que, en situaciones violentas de ánimo, basta un pequeño incidente para aflojar su tension, cambiando el giro de las ideas. Así debió acontecer á Jorge, que, recogiendo el libro, y recorriendo el título con una mirada indiferente, volvió á ocupar el sillón, colocándolo, abierto al acaso, sobre sus rodillas. Un profundo suspiro dilató su pecho, inclinó sobre él la cabeza, y sus ojos tropezaron con las negras líneas de la extendida y lisa página.

—¡Imposible!, exclamó de pronto, estremeciéndose con fuerza. Son sus palabras... las mismas que no han cesado de resonar en mis oídos... impresas, hace veinte años en un drama... ¡Qué infernal coincidencia!... Si talvez... ¡Pero entónces... si mi lijereza... ¡Santo Dios!... podría ser Rafaela... ¡Horror! ¡Locura!... Sí, sí: soy presa de la fiebre... Las alucinaciones turban mi razon... ¡Y no tengo nadie á mi lado!... ¿No habrá pues, quién venga á mi socorro?

La puerta se abrió con estrépito, y se presentó Lola seguida de su anciano tío.

—Esta es su habitacion, exclamó con voz anhelante, ella está aquí. Rafaela, hija mia, soy yo, tu madre. Vengo resuelta á arrebatarle entre mis brazos.

Jorge se enderezó como movido por un resorte eléctrico; Lola al descubrirlo, clavó en él una mirada de desafio, que sólo duró el espacio de un segundo; su acento era dulce y suplicante, cuando dirigiéndose á Jorge le dijo.

—Busco á Rafaela... No he encontrado quién guie mis pasos... pero yo sabia que este cuarto era el suyo y je venido á verla. ¡Quiero ver á mi hija!... ¿Dónde se halla para estrecharla sobre mi corazon?

Jorge, por toda respuesta, le alcanzó en silencio la carta que momentos antes escribiera, y con la mirada fija y sombría, se dispuso á sorprender en el rostro de Lola, las impresiones que le produjese su lectura.

—Oh!... ¡Pero esto es horrible, madre mio!, exclamó Lola pálida de indignacion, al llegar á la terrible revelacion que Jorge sorprendiera en sus labios. ¡Desventurado!... ¡Me creia culpable... me acusaba, en el momento mismo en que yo ponía todo empeño para demostrarle mi insensato cariño!... U. recordaba hace poco en Sucre, los ensayos que hacíamos con Luis de un drama, que me proponia exhibir en el cumpleaños de mi hija...

—Ah!, gritó Jorge, llevándose las manos al corazon, que se le hacia pedazos. ¡Lo comprendo todo!... ¡Y yo he muerto á mi hija!

—Lola, hija mia, no le creais; este hombre delira, exclamó D. Armando, recibiendo en sus brazos el inanimado cuerpo de Jorge.

—Ella es... ¡madre mia!...no me habian engañado, gritó Rafaela desde la puerta, y corrió á cubrir á Lola de lágrimas y de besos.

Confesamos nuestra impotencia para dar una idea del inefable abrazo que unió por largo rato á aquellas dos desgraciadas criaturas. ¿Quién podría culparlas del egoísmo con que se entregaron sólas olvidando el resto del mundo, á la dicha que embellecía el presente?

—¿Eres tú, tesoro mio, ángel de mi vida?, articuló por fin Lola, pasando sus trémulas manos por la sedosa y rubia cabellera de su hija. ¡Oh! ¡qué bella eres!, tal como te presentaban sin cesar en mis dulces sueños. Pero tú, ¿cómo pudiste adivinar mi presencia?

Rafaela sonrió á su madre con infinito amor.

—El mozo que vino contigo desde Sucre y que habia quedado á la puerta con los animales, me dio aviso de tu llegada.

—Y, mientras tanto, me negaban tu vista; tenían la crueldad de decirme que habias muerto!

—Así debieron creerlo, madre mia. He salvado de morir ahogada.

—¡Dios santo!, exclamó Lola, estrechando con más fuerza á su hija entre sus brazos.

—Huyendo del furor de un toro salvaje, me precipité, loca de terror al rio. Cuando comprendí que me ra imposible luchar con la corriente, cerré los ojos y pensé en Dios y en ti, madre adorada.

—¡Desventurada criatura!, murmuró Lola estremecida.

—¡Figúrate mi sorpresa cuando al volver en mí esta mañana, me encontré tendida en un lecho, en una habitacion que me era completamente estraña, y ... á mi lado, continuó la jóven ruborizándose vivamente, á Luis, el amigo de tu infancia.

—¡Providencia divina! Dijo fervorosamente Lola, elevando al cielo una mirada profunda gratitud. ¡Fue Luis el que te salvó de esa horrible muerte!

—No: yo no fui tan afortunado, contestó el jóven, deteniéndose en el dintel de la puerta.

—¡Luis! ¡Querido Luis!, exclamó Lola adelantándose á él, con expresion de franca alegría. Quieres conocer al salvador de mi hija.

—Esa suerte le ha cabido á mi excelente Pablo, dijo Luis, estrechando afectuosamente las manos de Lola.

—¿Y ésta aquí?, preguntó vivamente la madre.

—Ha quedado para regresar á la hacienda; pero UU. lo desean puedo hacerlo llamar, y esta tarde estará aquí.

—¡Oh! que venga, que venga dijo Lola ¡Cómo pudo, Dios mio, ser el instrumento de la Providencia para devolverme á mi hija!

—Se encontraba á la orilla opuesto del rio, cuando notó algo que se agitaba en la corriente. Era ya tarde y la oscuridad le impedía reconocer lo que fuese aquello. Fiando en su destreza de hábil nadador, no vacilo en lanzarse al agua.

—Valiente Pablo!

—Fue tan afortunado, que momentos despues colocaba el cuerpo inerte de Rafaela en la próxima habitacion de un amigo suyo, haciéndome dar en el acto aviso de lo que habia ocurrido. Llegué al

amanecer, consiguiendo reanimar al fin, ese cuerpo que parecía ya sin vida. La tempestad de la noche había aumentado considerablemente el río, y esto me impidió enviar inmediatamente a Jorge noticias de su hija.

—¡Jorge!, repitió Lola, buscando con extrañeza a su alrededor.

—Acabo de dejarlo en su cuarto. D. Armando y yo, lo sacamos de aquí, aprovechando de los primeros y dulces momentos del encuentro de UU. Pero, ya viene D. Armando: él nos dirá cómo se encuentra Jorge.

—Hijas mías, dijo tristemente el anciano, nunca pueden ser completas las satisfacciones de este mundo: Jorge está gravemente enfermo: temo que tenga una congestión cerebral.

## XII.

### Calma y borrasca.

Dejemos transcurrir dos meses de los sucesos relatados en el capítulo anterior.

Estamos en el mes de enero del nuevo año. En una tibia y tranquila tarde, se halla reunida la familia Rubias bajo el perfumado follaje de aquel mismo bosque de naranjos, testigo de la violenta escena entre Marcelo y Marta. Hace rato que el sol ha desaparecido en el ocaso, reemplazando su viva claridad, la poética media luz del crepúsculo. Las personas a que nos referimos, cediendo a la influencia de aquella hora llena de encanto y de misterio, callan y sueñan.

Allí está Jorge palidez es la única huella que conserva su rostro, de la grave dolencia de que fue atacado. Tiene entre las suyas, con tierna y suave presión retinidas las manos de su esposa. Cerca de ellos, apoyado en el robusto tronco de un naranjo, se halla Luis, el apuesto cazador del tigre, arrobado en la contemplación del rostro virginal de Rafaela, sobre el que cae como una caricia, un tenue rayo de la luna, que aparece ya en el horizonte. El anciano y respetable tío de Lola, se pasea lentamente, gozando con el alma de la felicidad de aquellos seres queridos a su corazón.

Lola inclinó la cabeza y dijo algunas palabras en voz baja a su esposo. Jorge hizo un ademán de asentimiento, y ambos se pusieron de pie, tomando Lola el brazo de su tío mientras se dirigía Jorge hacia Luis.

—Amigo mío, le dijo con voz afectuosa y conmovida; mañana será unida la suerte de mi hija con la U. por el sagrado lazo del matrimonio; justo es pues que ahora, en la víspera de pronunciar el sí irrevocable, quieran UU. darse libre y leal cuenta de sus sentimientos. Los dejamos solos por algunos instantes.

¿Qué pasó luego entre aquellos dos seres, castamente apasionados, mientras la tibia y juguetona brisa llevaba a los labios del amante el perfume de los sedosos rizos de la cabellera de la amada? ¿Se dieron cuenta del tiempo transcurrido así, aquellos corazones henchidos de amor y de esperanza? No: porque la felicidad no pide cuenta de los efímeros segundos que se le conceden en la tierra.

Hubo un instante en que la luna veló discretamente su faz entre el diáfano celaje de una nube; entonces, las aves que dormían en la enramada y las flores que tapizaban el suelo, despertaron al ruido de un ósculo suave como un suspiro.

La presencia de Lola, no interrumpió la estática contemplación de Luis, rodillas ante su amada.

—Soy tan dichoso, murmuró, que mi felicidad me da miedo!

Cuando se extendieron los primeros rayos de luz del nuevo día. Lola se dirigió á la habitación de Rafaela. Su puerta se encontraba cerrada aun.

—No duerme ya pero sueña, pensó, alejándose sin ruido.

Pasó media hora. El sol bañaba alegremente la casa, alumbrando la inusitada animación que reinaba en ella. La solícita madre volvió de nuevo á la habitación de su hija.

—¡Es extraño!, se dijo, escuchando á la puerta con inquietud. ¡Reposas de esa suerte el día de hoy!

Llamó varias veces sin obtener respuesta.

—¡Rafaela! ¡Hija mía!, gritó con angustia.

Igual silencio. A sus desesperados acentos, acudieron los demás habitantes de la casa.

—¡Echemos abajo la puerta!, exclamó Jorge, fuera de sí.

—No, observó Luis, pálido de emoción, pero el más sereno de todos. La habitación está resguardada solamente por puertas vidrieras hacia la parte del huerto...

Y se lanzó en aquella dirección, seguido de los padres de Rafaela y de los demás testigos de esta angustiada escena. Luis se había anticipado á todos, y cuando Jorge y Lola que lo seguían de cerca, llegaron al pie de una de las abiertas ventanas, salía ya de la habitación con el ensangrentado cuerpo de la joven entre sus brazos. Jorge retrocedió vacilante, cubriéndose los ojos con las manos, pero Lola, de un salto, se puso al lado de Luis.

—¡Muerta!, balbuceaba, pegando sus labios sobre los fríos y entreabiertos de su hija. ¡Muerta!, gritó al fin, con un sollozo seco y desgarrador.

A esta exclamación de dolor supremo, contestó una carcajada estridente, desde aquel poético bosque de naranjos, testigo la víspera de tantas esperanzas, de tanta felicidad.

—¡Muerta!, repitió una voz como un eco. ¡La insensata, que soñaba con el amor cuando me había arrebatado el corazón y la vida de mi amado!... Ahora puedo reunirme con Marcelo... Voy á darle cuenta de mi venganza.

Y Marta... Marta la loca, blandiendo un ensangrentado cuchillo sobre su cabeza, desapareció rápidamente de la vista de los sobrecogidos espectadores de este drama.

### Epílogo

*en qué, el autor de esta historia, á fuer de verídico y concienzudo, se ve obligado á dar á su drama un desenlace de comedia.*

Entusiastas admiradores como somos, de la belleza de nuestras fronteras, nos propusimos volver á visitarlas detenidamente, después de un año de ausencia. Abstraídos por las serias reflexiones á que da lugar su estado actual de despueblo y de abandono, notamos, no sin cierto temor, que la noche se nos venía á todo correr, u que nos encontrábamos distantes aun del punto en que éramos esperados. A este justo motivo de inquietud, se añadía el poco conocimiento del sitio en que nos encontrábamos, sitio montuosos, nada á propósito para tranquilizar al viajero.

En semejantes circunstancias, nos permitimos aconsejar al lector, que perdiendo todo amor propio, se ponga á merced del sagaz instinto de su caballo, como tuvimos nosotros que hacerlo; ligero

sacrificio de vanidad que no tardó en recibir su recompensa, pues, á poco andar, distinguimos profusamente iluminadas, las ventanas y las puertas de una casa, notable por su extension y comodidad, y en nada semejante á las que se estilan por aquellas regiones. Torrentes de armonia, desprendida de las notas de un soberbio piano, vinieron á poner el colmo á nuestra sorpresa.

—¡Ah!, exclamamos, heridos de un recuerdo súbito. ¡Esta es la casa de Rubias!

Y pusimos nuestro caballo en aquella direccion.

El extremo patio, brillantemente iluminado, contenia varias personas, revelando franca y expansiva alegria. Los criados hacian circular con profusion delicados refrescos. Allí estaba el anciano José, vestido de riguroso luto, y á su lado el intrépido Pablo, servidor de Luis La encanecida cabeza de José, se inclinaba frecuentemente, bajo el peso de una dolorosa preocupacion. Conocidos como éramos del anciano, no vacilamos en dirigirnos á él para satisfacer nuestra curiosidad.

—¿Qué fausto acontecimiento celebra en su casa el Sr. Rubias?, le preguntamos, no sin estrañeza, pues conocedores del drama terrible que allí tuvo lugar, aquella animacion, aquella concurrencia y aquella música, nos parecian una profanacion.

José sonrió melancólicamente al reconocernos.

—Esta noche se casa la niña con D. Luis, nos contestó.

—¡Rafaela!, exclamamos estupefactos. Pues ¡qué!, ¿está viva?... ¿salvó de ...

Una enérgica presion en el brazo, interrumpió la serie de nuestras interrogaciones. Nos volvimos con presteza para ver quién se permitia hacerse sentir de aquella manera, y notamos que Pablo se llevaba un dedo á los labios para indicarnos que callásemos. En seguida, inclinándose hácia nosotros, nos dijo en voz baja.

—¡Pobre José! No le remueva U. ese recuerdo... Piensa inmediatamente en Marta, cuyo cadáver sacamos del rio el mismo dia.

—Dios la haya perdonado, murmuró con tristeza, porque amó y sufrió tanto sobre la tierra.

[POTOSÍ—1893](#)